

ILUSTRACIONES DE JOSÉ LUÍS CARRANZA



ARCHIVO DE INMIGRANTES ILEGALES. CASO # 1

## UNA COLOMBIANA CRUZA LA FRONTERA SIN ROPA\*

**¿ CUÁNTAS HORAS? NI SIQUIERA LO SÉ. SI TUVIERA QUE HACER UN CÁLCULO, DIRÍA QUE FUERON UNAS DIECIOCHO HORAS EN ESE AUTOBÚS. CUANDO LLEGAMOS A CIUDAD DE MÉXICO LA POLICÍA NOS DETUVO. NOS HICIERON BAJAR A TODOS. ME ESPOSARON. ME LLEVARON A LA ESTACIÓN A PASAR LA NOCHE Y ME ENCERRARON EN UNA CELDA.**

Allí vi cosas terribles. La gente orinaba y defecaba por todas partes. Al día siguiente me llevaron a una cárcel para mujeres. Allí me tuvieron detenida dos meses más. Al final tuve que confesar que era colombiana. Pensé que me deportarían, pero me dijeron que no lo harían porque costaba demasiado enviarme de vuelta a Colombia por avión. En vez de deportarme, me obligaron a trabajar en la cárcel. Trabajé tendiendo camas y ayudando en la cocina. Por ese entonces me hice amiga de una hondureña, y luego ambas nos hicimos amigas de uno de los policías. Él nos ayudó a escapar de esa prisión. Nos puso en libertad y nos indicó que fuéramos a un hotel específico. Esa noche la pasé enferma con fiebre. No sé ni cuánto peso había perdido. El policía vino al hotel y nos trajo medicinas y todo lo que necesitábamos. Además nos habló acerca de un hombre que podía llevarnos a Texas. Dos días más tarde, partimos rumbo al Norte en un tren.

Así llegamos a otra parte de México, creo que era el punto de entrada a los Estados Unidos. Una vez allá, pasé una semana en una «casa segura». Una casa con muchas otras personas, todas a la espera de una oportunidad para venir a los Estados Unidos.

Una noche, muy tarde –serían como las tres de la mañana–, nos hicieron salir a algunos de la casa. Cuando llegamos al río –no sé qué río– me dijeron que me quitara la ropa y lo cruzara. Al comienzo me negué. No quería quitarme la ropa. Pero uno de los hombres me obligó a desnudarme hasta quedar en ropa interior. Me dijo que iba a necesitar ropa seca cuando llegara al otro lado y puso mi ropa en una bolsa de plástico. Había neumáticos de automóvil. Las cámaras interiores. Me colocaron en una de ellas y así crucé el ancho río. Alguien nos empujaba. La corriente era muy fuerte. Un ecuatoriano empezó a gritar porque se había caído de su cámara y se estaba ahogando. Tuvieron que ir a rescatarlo.

Cuando llegamos al lado estadounidense, nos dijeron que era muy peligroso salir a tierra en ese momento. Los coyotes [o traficantes de ilegales] nos dijeron que los agentes de inmigración nos andaban buscando. Así que nos quedamos esperando junto a la orilla. Me sumergí en el agua profunda y negra. Sólo sobresalía mi cabeza, para poder respirar. No sé cuánto tiempo tuvimos que esperar. Tal vez como una hora. Sólo entonces [nos dijeron que] era seguro proseguir. Pero yo apenas me podía mover. Ni siquiera podía correr. Había perdido todo el pudor, y tenía que seguir adelante. La bolsa con mi ropa se perdió. Todo lo que llevaba encima era un sostén y un calzón, nada más. Alguien nos dijo que estábamos en Texas.★

\* Traducción de testimonios de Jorge Cornejo Calle



ARCHIVO DE INMIGRANTES ILEGALES. CASO # 2

## UN CIUDADANO CHINO VIAJA EN UN CAMIÓN DE CARGA

**L**EGAMOS A MÉXICO POR AVIÓN. TODOS ESTÁBAMOS MUY FELICES. ME REPETÍA A MÍ MISMO: «TENGO QUE SEGUIR ADELANTE. ES EL OBS-TÁCULO FINAL. Y TAN PRONTO LLEGUE A LOS ESTADOS UNIDOS, SERÉ ESTADOUNIDENSE». PASAMOS CUATRO MESES EN MÉXICO. LA MISMA COSA, ENCERRADOS EN UNA CASA. PERO ESTE LUGAR ERA REALMENTE ENORME.

Afuera había cerdos, pollos: era como una especie de granja. En medio de las tierras había plantaciones de maíz. Había tanto que bastaba con ir y arrancarlo. Todo el terreno estaba cercado.

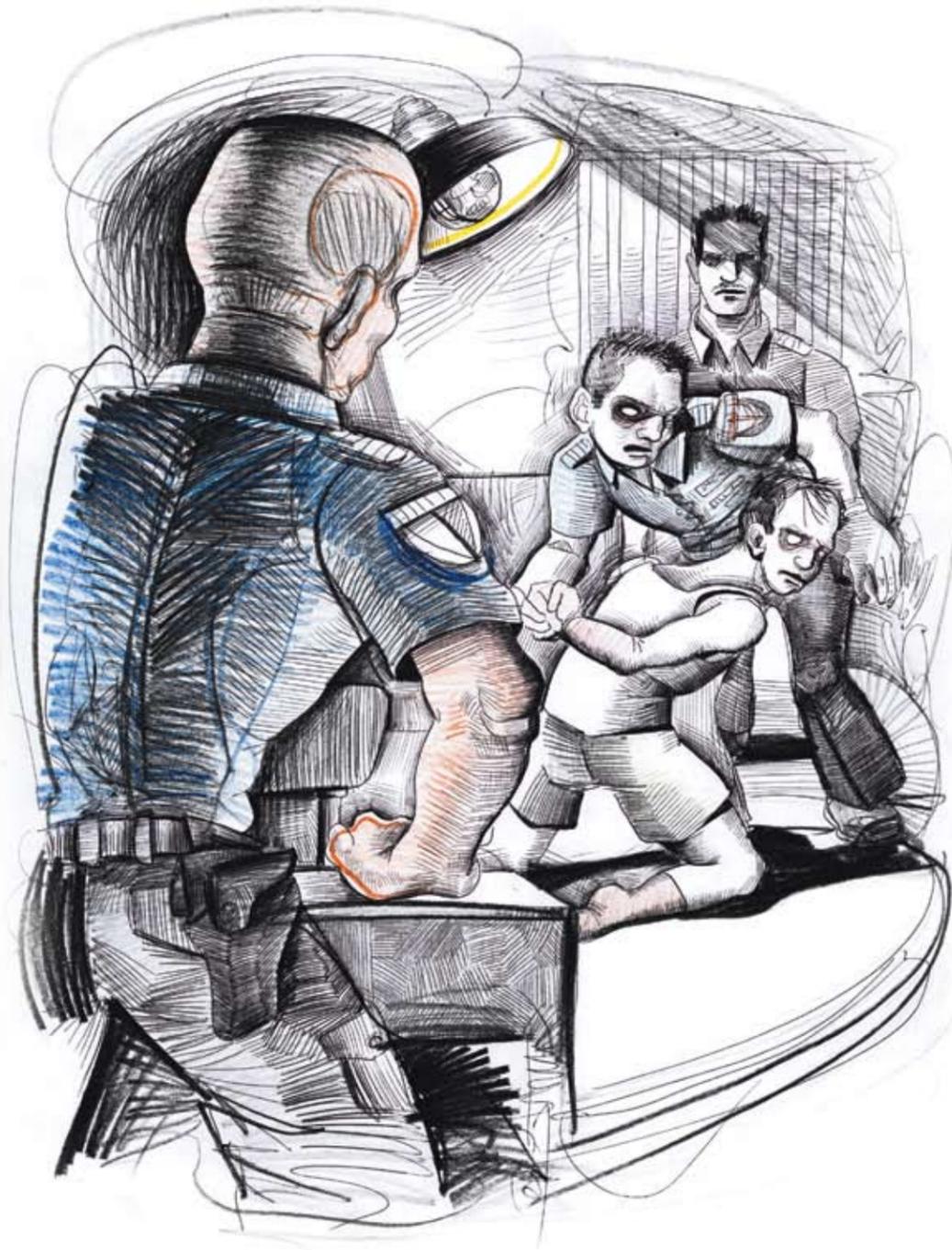
Podíamos caminar por todo el lugar, pero no podíamos ir más allá de la cerca.

Las cosas estaban un poco mejor que antes —al menos uno podía caminar al aire libre—, pero todo era demasiado tranquilo. Demasiado aburrido. No había casi nada que hacer. Lo mismo que antes: sentarse, conversar, jugar ajedrez. Aún éramos prisioneros. Llegado a este punto, sin embargo, yo ya me había acostumbrado a esta situación. Me había acostumbrado a esperar. Ya no me frustraba como antes.

A veces me sentía muy feliz; y en otras ocasiones sentía que mi corazón estaba muy lejos de poder hallar paz. Sentía que me acercaba cada vez más a los Estados Unidos, pero que hasta que no llegara allí no podría tener paz. Había momentos en que me parecía increíble llevar tanto tiempo lejos [de mi país]. Pero tenía mucha fe en mí mismo. No me arrepentía de nada. Sabía que llegaría, tarde o temprano.

Una mañana nos dijeron que subiéramos a un enorme camión en el que había unas cien personas. Sólo unos diez eran chinos; el resto eran mexicanos, guatemaltecos, salvadoreños. Tan pronto como subimos, el camión arrancó. Pasamos unas dieciséis horas en él. Fue muy difícil e incómodo. Viajamos todo el tiempo de pie o apoyados. No había ventanas, excepto por una ventanita en el techo, sobre nosotros. Hacía mucho, mucho calor. Había mucha gente. No nos detuvimos en ningún momento, ni una sola vez en todo el trayecto de dieciséis horas. Nos dieron bolsas de plástico para hacer nuestras necesidades. Olfía muy mal. Pensaba que eso ya era demasiado. Que era demasiado duro. Que no era forma de tratar a seres humanos. Pero también pensaba que si ésa era la única manera de llegar a los Estados Unidos en una sola pieza, no tenía más opción que aguantar. En algún momento terminaría todo.

Al final llegamos a algún lugar repleto de plantaciones de maíz. Era cerca de la una de la mañana, todo estaba muy oscuro. Nos dijeron: «Del otro lado de este maizal están los Estados Unidos». Nos dijeron que bajáramos y siguiéramos a unas personas a través del maíz. Las plantas de maíz eran muy altas, más altas que yo. Lo único que podía ver era una línea de ferrocarril que corría a unos cien metros de donde nos encontrábamos. Cuando pasaba un tren teníamos que agacharnos. Junto a la línea de ferrocarril había una carretera por la que pasaban patrulleros en uno y otro sentido, vigilando la frontera. Hicimos todo lo que pudimos para evitar ser vistos. Todo lo que hicimos durante el trayecto fue caminar y ocultarnos, mientras seguíamos a nuestros guías. Caminamos durante cerca de cinco horas. Sin embargo, no me cansé. Todo lo que pensaba era: «Estados Unidos, Estados Unidos». Podía verlo del otro lado [del maizal]. Finalmente llegamos a una cerca alambrada. Uno de nuestros guías abrió un agujero en ella. Apuntó hacia las plantaciones de maíz y dijo: «Esto es México». Luego apuntó hacia el otro lado del agujero en la cerca y dijo: «Esto es Estados Unidos».★



ARCHIVO DE INMIGRANTES ILEGALES. CASO # 3

## ARRESTAN A UN MUSULMÁN QUE NO ERA MUSULMÁN

**I** NMEDIATAMENTE DESPUÉS [DE QUE SOLICITARA ASILO POLÍTICO], SE [DIO UNA NORMA QUE] OBLIGABA A LOS CIUDADANOS DE VENTICUATRO PAÍSES MUSULMANES A REGISTRAR SU PRESENCIA EN LOS ESTADOS UNIDOS. AUNQUE UNO NO HUBIERA SIDO MUSULMÁN NI UN SOLO DÍA DE SU VIDA, SI HABÍA NACIDO EN UN PAÍS MUSULMÁN ESTABA OBLIGADO

a registrarme. Me dijo: «Aquí en Los Ángeles va a estar repleto de gente. Ve a San Diego». Conduje hasta San Diego en mi Mercedes. Llevaba puesto mi terno Versace y corbata. El oficial me hizo algunas preguntas y luego dijo: «Mi computadora no está funcionando, voy arriba a imprimir esto y regreso». Cuando volvió estaba acompañado por otros dos oficiales que llevaban esposas. Me quitaron la corbata, el terno, la correa y los zapatos, y me esposaron. Me encerraron en una pequeña jaula, en una celda [del Departamento] de Inmigración. Eso fue casi a fines de diciembre –dos días antes de Navidad–. Pasé las fiestas en la cárcel. Creo que estuve allí cerca de once días. Nadie sabía lo que había sido de mí, ni mi hija ni nadie. Estaba en San Diego, donde no conocía a nadie. Nunca en mi vida había estado en una estación de policía, ni siquiera en Irán. Mi abogado salió de vacaciones por el Año Nuevo y me dejó allí. Nadie me preguntó nada.

Tan pronto como me dejaron salir de la cárcel, tuve que presentarme ante un juez de San Diego, sin un abogado que me defendiera. Todo lo que el juez hizo fue colocar un sello sobre mi nombre, con una sola palabra: Deportación. Les dije que mi abogado había solicitado que el caso fuera derivado a Los Ángeles, y el juez me preguntó por qué me había registrado en San Diego. Le expliqué que mi otro abogado me había dicho: «Los Ángeles va a estar repleto de gente. Ve a San Diego». Todo había sido una cuestión de mala suerte. Estaba en San Diego sin nadie que me defendiera. Y más mala suerte, como la muerte de mi esposa. Una posibilidad en un millón –mi esposa era doce años menor que yo–. Nada es seguro [en esta vida], nada. Desde la orden de deportación, he luchado para eliminar esa palabra. Para eliminar ese sello.

Sin embargo, me ocurrió algo divertido –luego de abandonar esa cárcel en San Diego volví a casa y había una carta de [el Departamento de] Inmigración–. Habían aprobado mi solicitud de asilo político. Logré que aprobaran mi asilo por mí mismo, sin tener siquiera un abogado. Acudí para una entrevista final y respondí a todas sus preguntas con total honestidad. Sólo otorgan asilo político a tres mil personas cada año, y yo fui una de ellas. Me dijeron: «Todo debería estar bien ahora, pero tenemos un problema –como ha estado en la cárcel, primero el juez tiene que excarcelarlo, luego puede volver y terminar con el proceso–. Si el juez lo aprueba, vuelva y todo estará bien, tendrá el asilo». Pero cuando fui a donde el juez, éste me dijo: «El problema es que usted ingresó a los Estados Unidos el 19 de diciembre de 1990 y ha excedido el período de validez de su visa». Sólo se fijó en eso –no en la labor que he desarrollado aquí, ni en mis antecedentes, mis negocios, mi matrimonio, mi pago de impuestos, nada. Lo único que tomó en cuenta fue que mi visa había vencido, nada más.★



ARCHIVO DE INMIGRANTES ILEGALES. CASO # 4

## UNA MEXICANA APRENDE A INSULTAR EN INGLÉS

**E**MEPÉ A TRABAJAR CON MI HERMANA EN MCDONALD'S. TODA CHICA QUE LLEGABA [A ESE LOCAL] EN BUSCA DE TRABAJO TERMINABA ACOSTÁNDOSE CON EL GERENTE PARA CONSEGUIR EL PUESTO. ÉL LO INTENTÓ CON MI HERMANA, PERO COMO ELLA YA SALÍA CON ALGUIEN, SÓLO LE DIJO: «NI HABLAR. SI QUIERE, DEME EL EMPLEO; SI NO, NO. Y punto». Ella me dijo: «Espera un poco, va a haber algunos cambios». Y así fue, finalmente despidieron al tipo por lo que hacía.

Empecé a trabajar en McDonald's como cajera. Por lo general, uno comienza en la trastienda, donde no es necesario entender lo que dicen los clientes, pero yo tenía la influencia de mi hermana, que era asistente del gerente. Mi hermana me escribía cosas como «ketchup», «mustard». Son palabras extrañas y difíciles de aprender al comienzo. *Onions* y *tomatoes*. Hay una escuela secundaria muy cerca de ese McDonald's. Cuando venían alumnos me hacían la vida imposible. Por ejemplo, llegaban y decían: «Dame una hamburguesa con queso». Unos minutos después volvían con apenas un pedacito [de la hamburguesa]: «Te dije que no la quería con cebolla, mexicana de mierda». A mi hermana y a mí nos han criado de manera tal que no nos avergüenza la forma en que reaccionamos ante las cosas; mi hermana me gritaba frente a los demás empleados: «¿Acaso eres estúpida? ¿No entiendes que el chico te dijo que la quería sin cebolla?». Me hacía la vida imposible. Me hacía sentir aun peor. Los chicos «empezaban» conmigo y luego mi hermana me daba el remate. Era una presión enorme ir a trabajar cada mañana, sólo de pensar en los chicos que se acercarían al mostrador a decir estupideces, a decirnos mexicanas esto y mexicanas lo otro. Cuando debía tomar un pedido realmente me esforzaba por prestar atención y entender lo que decían, pero de todos modos ellos siempre me decían: «Mexicana de mierda...», y luego mi hermana añadía: «Ya te he dicho que...».

Lo cierto es que tenía muchas razones para aprender inglés; por eso ponía tanto esfuerzo en conocer el idioma. No había forma alguna de evitarlo. A veces uno tiene que sentir la presión, algo tiene que empujarte. En mi caso era el dolor, la rabia y la humillación. No quería quedarme para siempre en la trastienda, en la cocina. Esperaba con ansias el día en que podría hablar con una persona blanca en los Estados Unidos del mismo modo como ellas me hablaban a mí.

Al comienzo trabajaba en varios lugares. Por las mañanas, seis veces por semana, como asistente de cocina en una tienda de alimentos naturales, luego en McDonald's de tres a once. En mis dos días libres en McDonald's trabajaba en otro restaurante, en la trastienda. Sólo tenía libres los domingos. Cuando recién empecé sólo tenía una bicicleta como medio de transporte. Tenía que enfrentar el tráfico pesado, y aquel año llovió mucho. Yo pesaba unas cien libras, era talla cero. Seguí trabajando así de duro durante un largo tiempo. Me gustaba ganar dinero y la sensación de poder comprar algo que quería, la libertad de no esperar nada de nadie. Sólo de mí misma.★



ARCHIVO DE INMIGRANTES ILEGALES. CASO # 5

## UNA SUDAFRICANA UTILIZA A DIOS COMO VISA

**T**ENEMOS LA IDEA DE QUE TODO ES PERFECTO EN LOS ESTADOS UNIDOS PORQUE ESO ES LO QUE VEMOS EN LA TELEVISIÓN Y EN LAS PELÍCULAS. [UNO PIENSA QUE] EN LOS ESTADOS UNIDOS SE ENCUENTRA DÓLARES ENTRE EL PASTO, QUE CADA HOJA DE ÁRBOL ES UN DÓLAR. AHORA MISMO, SI LLAMAS A ALGUIEN DE SUDÁFRICA Y LE DICES: «QUIERES VENIR A

los Estados Unidos, aunque sea para encargarte de bañar a mi cerdo?», te garantizo que la persona responderá: «¡Oh sí, por favor, déjame ir a bañar a tu cerdo!». La gente hará lo que sea por venir aquí, para ganar dinero y enviarlo a casa. Así pues, aunque los misioneros no reciben un sueldo, yo estaba segura de que la gente de los Estados Unidos me ayudaría.

Yo era maestra y sabía que si dejaba mi trabajo no conseguiría otro puesto en educación —muchos maestros sudafricanos sufren de desempleo—. Pero sentía que era la voluntad de Dios que me convirtiera en misionera, que era la forma correcta de servirlo.

Cuando se lo conté a mi esposo la primera vez, él me dijo: «¡Ah, no! Llevamos casados sólo cinco meses, ¿y me vas a dejar de nuevo?». Habíamos estado casados antes, de 1994 a 1998, cuando me divorcié de él. Pero luego, en mayo del 2005, ¡me volví a casar con el mismo hombre! La vida es así de extraña. Estar divorciada no fue bueno para mí, en lo absoluto. Me di cuenta de que mi esposo era el mejor, que no había nadie como él. Lo que me ayudó a cambiar de opinión fue el aceptar a Jesucristo como mi salvador. En ese momento regresé donde mi esposo y le dije: «Perdóname», y todo volvió a la normalidad. Ni siquiera me hizo preguntas. Sólo dijo: «Está bien».

No le hablé más sobre el viaje a los Estados Unidos. Me era difícil explicárselo porque no es un cristiano convertido, pero sabía que si yo seguía la voluntad de Dios, encontraría también la manera correcta de salir de mis deudas. Así que saqué una cita en Cape Town para obtener la visa y empecé a contactarme con gente de la iglesia de Houston; los llamaba sin que mi esposo sospechara nada. Les envié toda la documentación que necesitaban; ellos me enviaron la carta de invitación y pagaron mi pasaje. Luego llegó la visa por correo. Todo funcionó a la perfección. Entonces se lo mostré a mi esposo: «Aquí está el boleto». Se echó en la cama. Se sentía enfermo, era muy infeliz. Yo, en cambio, estaba entusiasmada de venir a los Estados Unidos. Pensaba que mi esposo también vendría, que seguiría mis pasos.

Y así fue como ingresé al país, con una visa especial para misioneros. Y ahora me ven aquí en Oregón —no tengo documentación legal, trabajo para una familia, y vivo en su casa—. No es lo que me había imaginado. Pero estoy adquiriendo sabiduría. Confío en Dios. Dios sabe por qué estoy aquí. Dios sabe por qué soy una ilegal. Él quería que yo viniera a los Estados Unidos por un motivo, y ahora entiendo qué es lo que Él quiere que yo aprenda aquí.★

Los textos de esta serie pertenecen al libro UNDERGROUND AMERICA, editado por Peter Orner